

ARGUMENTO DEL DECIMO ACTO

Estando Philomena bordando en su bastidor, pide a Dorotea su criada un libro para leer, donde halla metida la carta de Policiano, e dize alterada muchas palabras en demostracion de su honestidad, etc.

PHILOMENA. DOROTEA. THEOPHILON (1).

[Phil.]—Dorotea, dónde estás?

Dor.—Aquí estoy, señora.

Phil.—Mejor estarias en mi compañía que metida por los rincones de casa; toma allá este bastidor, que ya rescibo pena con este contino bordar.

Dor.—Señora, es verdad que en la vida no ay cosa tan agradable que tomada por officio no canse, ni avn obra tan dessabrida que no tenga algun sabor quando por exercicio se recibe.

Phil.—En esto conozco la variedad de las cosas temporales, que aquello que algun tiempo tomava por deleyte e recreacion ya me da sobrada pesadumbre. Dame un libro y leere vn poco hasta que sea hora de reposar.

Dor.—Señora, helo aqui.

Phil.—Jesu, e qué carta es esta?

Dor.—Carta, señora?

Phil.—Si por cierto; quién la metio aqui, Dorotea?

Dor.—Por mi salud, señora, yo no lo sé.

Phil.—No saberlo es imposible, quién tiene la llave de mi aposento sino tú? quién entra e sale en mi camara sino tú, Dorotea?

Dor.—Señora, ya puede ser alguna carta vieja que por señal ayas tú metido en esse libro. Antes que sepas lo que contiene no rescibas alteracion.

Phil.—Abre la e mira lo que dize, que yo sospechosa estoy de esta carta.

Dor.—Señora, no tiene firma.

Phil.—Creolo, que en todo viene llena de sospecha. Ora mira lo que dize.

Dorotea.

CARTA

Si el dolor que tus ojos me causaron dentro de lo secreto de mi ánima de todo punto fuera mortal no me quedara tan poca vida e tan martirizada con tan mortales deseos de los quales si la muerte me hiziesse libre, no me puede librar de querer te. O angelica Philomena, si boluieses tus ojos de misericordia sobre este tu captiuo Policiano, bienaventurado tormento digno de tan ineffable remedio. Solamente te piden mis letras e mis sospiros que tengas memoria que dende la hora que te miré y alçaste tus ojos a mirar me, de tal manera me tienes con-

(1) Thephilon, dice erradamente el libro original.

tigo, que aunque te quiera olvidar no puedo (1) ni con la muerte, la qual estoy esperando si tu natural misericordia no determina que yo biua. Mas biuiendo o muriendo soy tuyo sin esperar que jamas seré mio.

Phil.—Ya, ya. Dorotea, que me maten si essa carta no es de aquel loco desuariado que el otro dia viéndo me en la huerta de los cipreses se arrimó a vn laurel, e començo a mostrar señales de muy apassionado, boluiendo los ojos a mí quando mi padre se descuydava. Pues dime, Dorotea, quién puso aqui esta carta sin que tú lo viesses? Este libro no está en tu poder? Cómo pudo ser esto?

Dor.—Señora, moços ay en casa que ay la pueden auer metido, porque mil vezes descuydadamente me dexo este retraymiento sin llave, y algun criado de casa la puso en este libro.

Phil.—Vaya se el desatinado, qué atreimiento es tan vano pensar alguno que en amor deshonesto yo ocupe mi entendimiento? si yo agora no temiera el escandalo de la casa de mi padre, yo le hiziera al liuiano que no pagara esta locura con menos que la vida.

Dor.—Passito, señora, que viene Theophilon mi señor.

Theo.—Qué hazes, hija mia?

Phil.—Señor, enojada con este bastidor començava a leer un poco, pero çessará agora con tu venida.

Theo.—Siempre, hija mia, trabaja de estar noblemente ocupada porque el demonio, enemigo de naturaleza, no halle entrada en tu coraçon. A todos generos de estados es defendida la ociosidad, e más al flaco linaje de las mugeres, por ser más dispuestas a cayda. Pues si todas deste vicio deuen biuir recatadas, mayormente las illustres donzellas, cuya macula de infamia todo vn reyno dexa manchado.

Phil.—Padre mio, graue reprehension es la tuya; parece que hablas sobre penssado.

Theo.—Hija mia, lumbre de mis ojos, baculo de mi cansada vejez, más noble cosa es preservar al hombre para que no cayga que ayudarle a leuantar despues de caydo. No permita Dios, hija de mi coraçon, que en tus costumbres yo aya conocido alguna falta que de castigo sea digna, pero no te deue dar pena si yo como padre y viejo y experto en los trabajos que el tiempo cada dia descubre te dé auiso como sepas defenderte de ellos, sin lesion del ánima y de la fama que tus passados cobraron.

Phil.—No pienses, padre mio, que con la falta de la hedad me aya faltado el conocimiento para ver clara e abiertamente a cuánto peligro se pone quien sin remos de discrecion se mete en el varco de esta vida miserable,

(1) En el original, *poede*.

porque o viento de liuianos pensamientos o rrocas de mala conuersacion siempre nos procuran naufragio. Pero tambien conozco que no ay temptacion tan poderosa á quien la municion del hombre racional con discrecion no destruya, mediante el fabor del Cielo; mayormente quando el hombre viene a sentir que tiene los enemigos de sus puertas adentro, e que la más cruda palea (1) tiene consigo mismo, deue apronecharse de las armas deffensiuas que en el alcaçar de la razon tiene para esto guardadas. Estos e otros muy sanctos auisos, señor mio, he leydo en los libros que dende mi niñez por la nobleza del exercicio literal me has mandado leer, con los quales e mi natural condicion pienso dar a tu senectud aquel descanso que con mi juventud has desseado.

Dor.—Doy al diablo tan largo sermon.

Theo.—Qué dizes tú, Dorotea?

Dor.—Digo, señor, que he holgado de tu noble reprehension.

Theo.—Hija Philomena, anda acá, que ya tu madre querra comer, no la hagamos estar esperando.

Phil.—Vamos, señor. Dorotea, pon en cobro esse libro: entiendesme?

Dor.—Mucho bien. Ay te duele? Valale el diablo al viejo e a qué tiempo entró predicando. Por mi salud, el ánima le daua el negocio en que entendiamos. Bien predica la raposa a las gallinas. En mi ánima estos viejos no son sino vn terron de molestia; como veen que se les acaba la candela, acuerdan de dar a Dios las heces de su vida loca, haziendo del perro del hortelano. Pues andate hay con tus sermones, que Dios no come palabras, e si piensas hazer sancta a tu hija Philomena, más vale vna traspueta que dos assomadas.

ARGUMENTO DEL ONZENO ACTO

Venida la mañana, Claudina se leuanta e determina de yr a casa de Philomena, sobre lo qual se tracta con Parmenia de los peligros que se pueden ofrescer; finalmente haze su camino, e habla con Philomena dándola parte de los amores de Policiano, etc.

CLAUDINA. PARMENIA. LIBERTINA. DOROTEA. FLORINARDA. PHILOMENA. THEOPHILON.

[Clau.]—Son los rayos del sol los que entran por esta ventana? sancto Dios e cómo he dormido a sabor, despues que tomé la palabra á aquel demonio mi familiar, pero con mucha razon, pues en este negocio no es menor la honrra que el prouecho. Hija Parmenia.

Par.—Qué mandas, señora?

(1) Así en el original, quizás por *pelea*, ó quizás, abreviado, por *palestra*.

Clau.—Qué hora es? fueron se aquellos locos?

Par.—Agora estauan ay.

Clau.—Y Libertina, es leuantada?

Lib.—De mañana en buena fe, tia. Agora tengo por dormir el sueño de la salud.

Clau.—Bien hazes, gozate, pues agora tienes tiempo, que venida a la senectud, y todo es vna hedad de trabajos. Ya aquellos pica cantones, no dexarian algo para la costa?

Par.—Mejor landre se los lleue, que estos tales, madre, no quieren sino llamate mio e busca quien te mantenga.

Clau.—Anda, hija, que de golpe o de recudida, yo les sacaré el escote. Yo me voy a casa de Philomena, a dar la primera puntada en vna labor trabajosa. Mochachas, rogad á Dios que yo salga con ella a luz, que no me acuerdo auer intentado cosa de que tanto aya desconfiado.

Par.—Madre señora, ya conoceras si desseo tu prouecho como el mio, assi por la ley natural como por mandamiento de Dios; pero tú andas en tales tractos que en ellos no puedes ahorrar sino de las narizes, y aun plega a Dios no dexes alguna vez la vida, porque es ley de Dios que quien ama el peligro peligrosamente muera. Mira, madre, quién es Philomena, e no pienses ganar saya de londres e barates vn jubon de açotes. Mira que donde agora vas lleuas el cuchillo a la garganta, y avn como suelen dezir, la sogá arrastrando, porque te hago saber que los viejos padres de essa dama son tan zelosos de su honrra y avn tan cautelosos en guardarla, que si vna vez te sienten, sin que lo entiendas e estando segura te pondran en cuentos la vida. Mira lo que hazes, e ordena tus passos de manera que tu vida e honrra esté segura.

Clau.—Confusa estoy. No sé en qué me determine: diformes inconuenientes se me ofrescen de tu auiso, e no puedo boluer atras en este camino, porque tengo prometido el acometimiento, e avn dada mi palabra de la victoria. Notable deffecto es la inconstancia, e tanto que se tiene por indicio de locura.

Lib.—Tia señora, no biuas engañada con vna mala opinion, que tanto es más mala quanto más vsada e guardada. Digo te de verdad que oyendo el otro dia al padre presentado, le oy afirmar que la perseuerancia en el vicio no meresce nombre ni galardón de constancia, e que quien del vicioso camino se buelue, no inconstante, sino firme en virtud deue ser llamado. No tengas la condicion del arroyo, que jamas supo tornar atras.

Clau.—Quedaos a Dios, hijas mias, que yo voy determinada de morir en esta demanda, e nunca a la osadia vi que fallciesse fortuna. Yo me voy; si a hora de comer no ouiere dado la buelta a casa, no tengays dubda que me la

abran dado por el mercado. Acudireys a la cárcel, que allí será el paradero. Agora que voy sola quiero mirar con aiso este discreto temor que a mi Parmenia le queda, porque a la buena speculation jamas vi carecer de buen fruto. Qué hare? si voy allá, a peligro pongo mi vida; si dexo de cumplir lo prometido, no puedo escapar de muerta ó apaleada, e lo que es más de estimar, el mal nombre que de falsaria puedo cobrar. Pues si el credito pierdo acabada es la grangeria. Ora venga lo que viniere, que aparejado está donde cayga. A casa de Theophilon llevo, aqui traygo en la faltriguera no sé cuántas franjuelas e cabçones; en achaque de trama, vamos a hablar a nuestra ama. A Dorotea veo a la ventana, buen agero hallo para mi venida. Esfuerça, esfuerça, Claudina, que en otros peligros te has visto.

Dor.—Valala el diablo a esta vieja espanta perros, e qué rezar trae consigo. Quál arroyo la echó por estos barrios? no me medre Dios si tú vienes en buenos passos.

Clau.—En hora buena y en buen punto vea yo tu cara de oro: qué hazes, hijita mia? desciende acá e abraçame, que me gozo de ver te; ansi goze yo la vejez descansada.

Dor.—No os digo yo? las palabras de beata e las vias como gata. Vengas en buena hora, tia de mi coraçon. Quanto ha que no vienes por estos nuestros barrios? Por cierto mi señora Florinarda ha tenido memoria de tí, e aun me ha preguntado si te he visto.

Clau.—Acuerde se Dios de su merced y él le pague la que yo rescibo en que me conozcan por criada vieja de esta casa, porque este es el principal título con que yo me honro despues de ser muger de Alberto, que Dios aya. Pues por mi salud que aunque yua a otro negocio en que no me yua a mi poco no tengo de passar sin ver a mis señoras vieja e moça. Dilas, hija, que está aqui la Claudina, que si mandan sus mercedes que suba.

Dor.—Espera vn poquito, madre, que yo boluere corriendo. Señora, la vieja Claudina está aqui, si mandas que suba, que te quiere ver.

Flo.—Dila que suba; con qué viene agora el diablo?

Dor.—Sube, tia, si mandas.

Clau.—Con el pie derecho delante, porque no tropieze a la entrada. Paz sea en esta casa. Señora Florinarda, salue Dios tu venerable presencia.

Flo.—Vengas en ora buena, madre, qué novedad es esta que te acordaste desta casa?

Clau.—Affiçion grande, desseo de servir te, apetito de oifrescer me por tu muy fiel criada, para que como a tal me mandes lo que a tu seruicio cupliere.

Dor.—Debaxo de la buena palabra está el engaño.

Flo.—Pues, comadre mia, cómo te va? Vieja te vas haziendo; muy desfigurada estás despues que no te he visto.

Clau.—E cómo, señora mia, burlando lo dizes? Tal ha passado por mí despues que deste barrio me passé; trabajos he padescido que el menor dellos bastara a acabar tan poca vida como la mia, pues si el principal se considera, la misma muerte no es tan penosa.

Flo.—Qué mal es el que tanto te duele, madre?

Clau.—No será mal de amores, mal pecado, que con las muelas le he dexado, sino biudez, señora de mi alma, que no ay dolor que se le yguale: Dios te guarde a aquel Señor, e nunca te veas sin él, amen, que por mi vejez la que buen marido pierde no sé yo por qué no le acompaña so la tierra.

Flo.—No lo digas burlando, comadre, nunca oyste lo que dicen de los getas? que vn tiempo las mugeres biudas no dubdauan de hazer se matar sobre los cuerpos muertos de sus maridos? y avn porque entre ellos alguno tenia muchas mugeres, aquella era más estimada que con su marido se sepultaua.

Clau.—Sancto vínculo es el del matrimonio, e como sea vnion intrinseca e espiritual, con lo más biuo del ánima se dene sentir la diuision.

Flo.—Veemos que entre los animales que de entendimiento carescen, este amor matrimonial está esculpido, pues las tortolicas passan su vida contentas con vna sola compañía. E si aquélla muere, la que queda no beue más agua clara, ni se pone en ramo verde, ni canta ni haze señal de alegria, señalando la cuytadica quán dura cosa es perder su dulce compañía.

Clau.—Ay, ay, cuántos daños acarrea la falta del varon en casa; no los sabe sentir sino la triste que passa por ellos.

Flo.—Trabajoso dolor dene ser, pero quando el Señor da semejante llaga, tambien prouee de remedio para ella. Trabaje la honrrada biuda de ser honesta de costumbres, e guarde la limpieza que las tales son obligadas, que para sus necesidades Dios es el verdadero marido.

Clau.—No lo niego yo, mi alma, pero guardete Dios de pobreza con soledad, que esta es muy ruyn tramojo deroer. De allinascen los cuydosos pensamientos, e avn a vezes no muy sanatos; allí se toma licencia para las dissolutas palabras, e avn para los desonestos tratos, e avn se deprenden los officios deshonorados. Ay del solo, que quando en tales hoyos cayere no tiene quien le dé la mano.

Flo.—Verdad es, madre, que mejor se pasan las penas quando para llevarlas ay compa-

ñero. E quedaron te hijos de Alberto tu marido?

Clau.—Sí, mi reyna; e vn varon que ha siete años que salió desta ciudad e no he sabido dél ni biuo ni muerto, e otra donzella que en casa tengo.

Dor.—Donzellita es el diablo.

Flo.—Qué dizes?

Dor.—Digo que es vna muy bonita moça.

Clau.—Dizes, hija, tu virtud, aunque en ella no lo aya, pero en fin como huérfanos sin castigo de padre, faltos de doctrina e cargados de pobreza. Y a todo esto se obliga la muger aquel triste dia que cobra nombre de viuda. O señora de mi vida, quán pesada carga es de llenar el hijo crescido de cuerpo e menguado de castigo, que en cabo del año pienssa la pobre madre tener buena vejez, e ha criado vn cueruo que le saque el ojo. Pues todo esto es nada en respecto de lo que con hijas se passa, que como, mal pecado, sea vn ganadillo tan malo de guardar, a buelta de cabeça, y a vn encierra ojo e abre, hallays la casa a mal recaudo, e la honrra de las moças benida en gostaduras. No hay cosa oy en el mundo tan fragil e delicada como la honrra de la donzella, que no parece sino que de vn cabello está colgada. Nunca por buena que sea le faltan ocasiones para ser mala, ni avn por bien que se guarde carece de murmuradores. Si habla poco es tenida por grossera; si mucho, por liuiana; a los que no saben les parece nescia, e a los ressabidos, maliciosa; si luego no responde, tienen la fantastiga, e si a todos da respuesta, a peligro de caer; si está assentada con reposo, nunca le falta un nombre de traydora dissimulada; si alza los ojos e mira, luego dizen que allá miran ojos, etc. O señora Florinarda, e quien solo vn juyzio tiene, cómo hará guiados que a tantos haya de contentar?

Flo.—Poca necesidad tiene la donzella de poner su honrra en tal discrimen; mi hija retrayda ha de estar hasta que quien la merezca se precie de yr delante della.

Clau.—Jesus, Jesus e pienssas, mi señora, que con nuestra platica no auia olvidado de preguntar por Philomena? No yre de aqui sin ver a su merced, ansi goze yo de mí.

Flo.—En buena fe, comadre, que esta noche passada se sintio mal dispuesta e no he consentido que se leuante de la cama.

Clau.—Pues, señora de mis entrañas, da me licencia para que la vea, que avn a mí algo se me entendera de estos dolorcillos.

Flo.—De muy buena voluntad, por cierto, madre mia. Corre, Dorotea: entra con la madre vieja al aposento de mi hija, e perdona me por mi amor que no voy contigo, que tengo por acá en que entender.

Clau.—Huelga con salud, señora mia, que yo bien sé ya esta casa más ha de mil días. Dónde está mi señora?

Dor.—Entra madre, en este retraymiento.

Clau.—Gozo bueno vea yo de essa cara de alegria.

Phil.—Bien seas venida, madre.

Clau.—Jesu, coraçon mio, e gesto es esse de enferma? Tal sea mi salud e se me torne mi vejez; qué es esto, hija de mi alma? qué sientes? yo juraré que deue ser regalo.

Phil.—No, madre, que no soy tan regalada, sino que dende anoche he sentido vn dolor en este lado izquierdo, que, ansi goze de mí, no me dexa reposar.

Clau.—Pues, señora mia, manda salir allá a Dorotea porque quiero tentar el lugar donde te duele, y plazera al Señor que quedes con mejoría.

Phil.—Dorotea, sal allá fuera.

Dor.—Todo va bueno; plega a Dios que yo mienta, e que esto sea agua limpia.

Clau.—Descúbrete, entrañas, veamos la parte del dolor.

Phil.—Mas arriba lo siento, sobre el coraçon.

Clau.—Ya, hija mia, lo he visto, y avn conocido la causa de donde nasce el dolor: que por mis pecados maestra vieja soy de curar estas passiones. Quiero saber, coraçon mio, si antes que este dolor sintiesses rescuiste por aventura alguna alteracion. E mira, señora, que al médico y al confessor se deue dezir la verdad.

Phil.—Por cierto, madre, es verdad que con essa moça yo rescebi passion, de donde pienso aver se causado mi indisposicion.

Clau.—Verás por mi vida si conosco yo luego ser tu mal de turbacion. No será nada, hija, yo tengo la medicina para sanar estos dolores. Aunque por mucho que la passion te aquexe no es de maranillar hija mia, porque es ley de Dios que quien a hierro mata con hierro pierda la vida.

Phil.—Burlas, madre, como me ves con dolor?

Clau.—O angelica ymagen, y qué graciosa eres. Mas dime por mi vida, entrañas, a cuántos en esta vida abrás tu sido causa de dolor de coraçon? Pues justicia es que padezcas alguna de las penas que a otros has tú causado; toma, señora, este anillo, que tiene virtud contra todo dolor cordial, e mira, hija mia, que no me le pierdas, que no es más mi vida de quanto conmigo le tengo.

Phil.—En gran cargo me pone tu tan buena voluntad, aqui estoy para hazer todo lo que te cupliere.

Clau.—Tal confianza tengo yo de tu graciosa cara, que siempre me has de hazer muy señalados faoures, e para principio dellos te suplico, mi alma, tengas atencion a mi breue

mensaje, el qual, aunque te parezca culpable, te ruego no me hagas cargo de culpa, pues no ay en mí otra sino ser yo la mensajera, y esta ya sabes que es digna de indulgencia. Un cauallero gentilhombre, doctado de toda disciplina, no menos militar que literaria, cuyo nombre sabras a su tiempo, me mandó llamar con vno de sus siruientes, e como yo cumpliesse con la obligacion que a los semejantes deuo, fui a su casa, donde le hallé en vna cama, e tan en el extremo de vna enfermedad del coraçon que a tu causa dize que padesce, que sin dubda yo pensé que hablándome la vida se le acabara. Finalmente, con la mayor fuerça que fingir pudo me dio parte del principio de su mal, e me pidió que le pussiese remedio. Pues como sea mayor virtud consolar al atribulado que substar al hombre próspero, acordé de tomar a mi cargo su medicina, poniendo me en este peligro, porque tengo por mejor perder obrando virtud que ganar dexandola de hazer.

Phil.—É quién es esse cauallero que dizes?

Clau.—Ya te sientes?

Phil.—Qué rezas entre dientes? qué tengo yo que hazer con las enfermedades agenas? Dime ya quién es el enfermo, que me tienes suspensa, o vete con Dios, que harto tengo que ver en mi mal.

Clau. O perla mia, dasme licencia por mi vida?

Phil.—Di lo ya, no seas pesada, sea quien fuere.

Clau.—Pues tu rostro de paz me da atreimiento, no quiero ser couarde en obra tan piadosa. Bien conoceras, mi coraçon, vn cauallero de illustrissima sangre que biue en esta ciudad que se llama Policiano.

Phil.—Anda, anda, vieja maldicta, con la malauentura, y agradece a Dios el suffrimiento que el zelo de mi honestidad me pone, que yo te hiziera yr al infierno a pedir las albricias de tu mensaje.

Dor.—Passo, passo, señora, no alborotes la casa, qué cosa es esta? qué has hecho, madre señora?

Clau.—No hize nada, hija mia, sino que mi mala dicha quiere que por buen seruicio resciba mal galardón.

Phil.—Avn lloras, vieja ruyn? mala fin ayas tú e tus maldictos passos. Echame de ay a ssa vieja, si no quieres que ay la mande matar a palos.

Flo.—Qué es esto, comadre? qué dizes del mal de Philomena?

Clau.—No rescibas pena, señora, que vn dolorcillo es causado de tristeza del coraçon. Ay la dexo vn anillo con que vera mejoría muy presto: no consentas, señora, que se le quite del dedo; yo me voy, porque me he mucho de-

tenido. Señora Philomena, si para tu salud yo fuere menester algun dia, bien sabe esta donzella mi posada, no dexes de embiarme a mandar, que yo vendré de voluntad.

Flo.—Essa se te agradece por cierto, comadre.

Clau.—A Dios, a Dios, mis señoras.

Phil.—Ve en buen hora, madre mia.

ARGUMENTO DEL DOZENO ACTO

Palermo [y] Piçarro van a casa de Cornelia y Orosia para traerlas a su estancia, van por el camino temiendo topar con los criados de Policiano; llegados a casa de estas mugeres, las traen consigo, etc.

PALERMO. PIÇARRO. CORNELIA. OROSIA.

[*Pal.*]—Hola, Piçarro hermano, salgamos ya de casa pesar de Lucifer, y vamos a traer aquella gentezilla a la estancia.

Piç.—A boca de sorna me parece más seguro, porque si escandalo ouiere podamos tomar calças, ya me entiendes? que despecho del galeon ⁽¹⁾ de Francia si me querria asir con nadie. El espada tengo hecha vn assador, vn broquel traygo sin aro, el guante parece araño; pues el caxquete sirve agora de orinal. Blanca para comprar armas, rape el diablo la que yo mando, que por vn real me pueden agora ahorcar.

Pal.—No me cuentes plagas, descreo de la vida en que biuo sino vamos a casa de aquellas putas, e veamos si por allá ay algun cayro. Sepamos si quiera qué moneda corre. Pese a tal con dayfas tan sin pronecho, e tan amigas de poner a hombre en ruydo. Yo, descreo de la torre mocha, toda mi vida fui más amigo de tomar cuenta a la yça a tercera noche, e abrir el ojo que no eche dado falso, que de buscar pendencias donde se ponga el pellejo en condic[i]on. Mira bien dónde vamos, que si estos moços de Policiano allá nos apañan nos quitaran el putto del cañon sin que aya quien se lo estorue.

Piç.—Ora las pelosas vayan a punto, porque si por caso valiere huyda no se queden [en] poder de vellacos.

Pal.—Nunca otra prenda me arrebatan, que por el peligroso passo en que vamos, en toda mi capa no se ate vn quartillo de trigo.

Piç.—Pues que la mia, por el cuerpo de la tramulla, no vale quatro sueldos.

Pal.—Ora la Magdalena nos guie. Mira, Piçarro, el passo más sin peligro.

Piç.—Cerca llegamos, e mira, Palermo hermano, que suelen dezir que los hombres de hon-

⁽¹⁾ En el original, *gaLeon*.

rra precian más la muerte dichosa que la vida deshonorada. No te engañe a ti esta opinion de locos, sino da al diablo la honrra e pongamos en cobro la vida.

Pal.—Pospuesto que auemos de ser más ligeros en los pies que en las manos, tambien es menester que para que estas piltrafas no nos tengan en poco, hagas, hermano, del feroz, e hables de la hermania el espada en la mano, el passo en primera, los ojos en arco, la boca medio torcida e hablemos los acostumbrados desgarrros, pues aqui somos tenidos por hombres de seguida. E mira que no me dexes de contar algun contezuelo. Ya me entiendes.

Piç.—Bien dizes, marcadamente hablas; pues ya que llegamos, lo que se hablare sea cosa de tomo.

Pal.—Hola, Piçarro, marcha delante, mira si ay dentro quien nos defienda la entrada.

Piç.—Defiender o qué? O despecho del animo de Berzebuy, escucha, veamos quién suena dentro, e si hombre es biuo mandale confesar.

Pal.—Quién está en su casa?

Cor.—Quién es el que llama? Sube, señor Palermo. Tú seas bien venido con la buena compañía.

Oros.—Jesu, señor Piçarro, y acertaste a venir por esta calle?

Piç.—Descreo de tal, señora Orosia, si el señor Palermo que está presente no me hiciera fuerça, si yo escampara por aca por toda esta semana. Harto tiene hombre que hazer agora en buscar armas e andar a punto para castigar aquellos garçones, sin embaraçar nos en visitas de damas. Pero por agradar al compañero se ha de hazer toda gentileza.

Pal.—Señora Cornelia, ya sabes cuántas vezes te he rogado que tú e la compañera passeys el hiato a la estancia, porque en nuestra compañía no se puede perder nada; no te has determinado hasta saber la voluntad de la señora Orosia tu prima; porque ella agora está presente, será bien, dama, que sepas que es mi voluntad que luego te determines a venir conmigo a mi estancia, e ayudar me a passar mis trabajos, pues no me dexas solo en mis mayores passatemplos; e si en esto pensares no contentar me, haz cuenta que me perdiste para todos los dias que biuieres.

Oros.—Señor Palermo, aunque mi prima me perdone en tomar la mano a responder en su presencia, despues que ella se ha determinado a hazer contigo esta jornada, yo la he dicho como a amiga e parienta lo que de su yda siento. Pero como ella está penada, ni rescibe mis palabras, ni conoce la voluntad con que se las digo, porque ni los ojos enfermos pueden mirar la luz, ni los animos apassionados la razon.

Pero como lo poco que yo sé del mundo me dé a conocer que mi prima no lo acierta, no puedo dexar importunamente de dezirle lo que siento, porque a ti, señor Palermo, conozco, e avn tu voluntad entiendo mejor que a mí me sé entender; nosotras, como tú sabes, somos vnas mugeres de seguida que substentamos honrra haziendo seruicio a los buenos. De nuestros passados no heredamos otra hazienda, e si esta nos falta, la vida nos sobra. Pues metidas con vn hombre en vn rincón de la Ciudad, perdemos los amigos e no ganamos dineros. Lo que por ti, señor, digo a mi prima que haga es tenerte por amigo para reñir sus quistiones, e quando menester la ouieres que te ayude con dos doblas, acuda a tu estancia, prouea lo que cumpla, pero no soy de parecer que se desaperroche nuestra casa.

Cor.—Prima, bien conozco tus razones endereçadas en mi prouecho, e ansi las rescibo como Dios resciba esta ánima quando deste mundo vaya. Mas por ver me vengada de aquel moço de espuelas, me yre con vn negro donde llevar me quisiere.

Pal.—Señora Orosia, de la voluntad que yo tengo a Cornelia tu prima Dios y el señor Piçarro son buenos testigos; y en lo que toca a sus quistiones, quexando se ella a mí, e dando me parte de ellas, no seria yo Palermo, hijo del merino de Ronda, si no pusiesse por ella la vida e todo el resto, porque sin lo que a su persona se deue es ley de gentiles hombres hazer por las mugeres quando rescibieren agrauios e demasias. Yo la pienso poner donde sea conocida e tenida por quien es.

Oros.—En la puteria.

Pal.—No hables entre dientes, señora, que yo lo haré no menos que lo digo: e de vn pan que hombre aya, la mitad no puede mancar; pero si a ti, señora, parece que cumple otra cosa, hagase como ordenares, que como aya prouecho passará hombre su soledad.

Piç.—Señora Cornelia, bien abrás sentido que yo del tiempo viejo te solia ser amigo, y agora por causa del parentesco que con esta dama tienes, y el amistad que ay entre mí y el señor Palermo, estoy determinado a morir por lo que a tu honrra tocare; y en esto, señor, al tiempo hago testigo. Pero si a tu honor e prouecho impide hazer mudança, ordena como vieres que cumple á los amigos. En casa dexamos la olla hirviendo, e solo al mochacho soplando los tizonos; por mi vida, damas, que allá nos vamos a comer.

Oros.—Essas cosas, amigo, antes seran hechas que mandadas. Prima, toma tu manto, e vamos donde quisieren.

Cor.—Vamos si quisieres, que yo estoy a punto.

Pal.—Echate vnos manteles en la manga, que boto a tal no ya ⁽¹⁾ en qué nos limpiemos sino es a las barbas.

Oros.—Ora, galanes, andad delante, que nos otras muy presto llegamos.

ARGUMENTO DEL XIII ACTO

Policiano, muy penado del dolor que siempre le aqueja, habla consigo solo e quejasse de la dilacion que la vieja pone en su remedio. La Claudina viene, e le cuenta lo que con Philomena ha passado, etc.

POLICIANO. SOLINO. SALUCIO. SILUANO. CLAUDINA.

[*Pol.*]—O ánima mia tan desierta de plazer quanto acompañada de cuydosos pensamientos, qué será de tí? En qué ha de fenecer este triste auiso que has comendado? Cada momento estoy esperando cuándo mi carne, cansada de sufrir tantos dolores, ha de apartar la vnion que contigo tiene; mas ay de mí, que bino, e biuiendo muero, e muriendo no satisfago a aquella cruel e sangrienta lamia, que con su fferidad despedaça sus hijos, con cuya muerte queda contenta, e Philomena no con la mia. O vieja Claudina, qué hazes? En qué te detienes? No te duele a tí donde a mí, si no tú apressurarias los passos. Maldigo tu perezosa solicitud, que para todos tienes obras, e a mí me ceñas con tus palabras. O mi angelica Philomena, si te acuerdas algun tiempo del día deste tu captiuo Policiano? Dónde estás, mi alma? En qué estás agora ocupada? Por qué no aças tus ojos para embiar algun rayo de claridad sobre este caliginoso coraçon? Moços, moços.

Sal.—Señor.

Pol.—Entra aca, qué se suena de mi remedio? En qué estado está el processo que amor contra mi vida haze? Si ha dado ya sentencia contra mí el coraçon de aquella que puede matar me con quererlo, e dar me la vida con querer me?

Sal.—No temas, señor, ser condenado, que quien padre tiene alcalde, seguro va a juicio.

Pol.—Qué a mí con quien me juzga?

Sal.—Basta que seas nascido de muger para que confies no morir por feminil consentimiento, mayormente que Philomena es misericordiosa, e la Claudina solícita, e no ay piedra tan dura a quien la instante gotera no penetre.

Pol.—O Claudina, qué hazes? No sé si tenga tanta queja de tu tardança quanta de mí poco sufrimiento, pues no rescibo menor agrauio de tardarte tú que de penar me yo. No osaré sospechar que te descuydas por no acabar la vida

⁽¹⁾ Así en el original, probablemente por *nia*, forma contracta de *habia*.

con ymaginacion dubdosa, pero mal sabor tiene tu tardança o yo tengo dañado el apetito.

Sal.—Señor, no sé si lo causa que delicadamente siento tu pena, pero mayor dolor siento porque padescas que en poner mi vida porque descanses. Qué hare yo, señor, para que tu mal tenga algun refrigerio?

Pol.—Mira, Salucio, tengo tan abatidos mis cuydosos pensamientos, que sólo mi abatimiento bastaria para causar en vn coraçon libre vergonçosa confusion; pero siento me tan vencido, que aquello que a la voluntad sana suele apocar la fe, a mi coraçon apassionado acrescencia el amor. O Claudina, grauissima pronisora de mis ansiosos cuydados, como creo que tendras más tiempo para arrepentir te por tu negligencia que para remediar me con tu solicitud, porque me siento tal, que si algun fabor Cupido piensa darme, sola mi fe que le meresce tengo biua para sentirle, pero grande queja llenaré del amor si se me acaba la vida sin algunas arras de mi gloria.

Sil.—Señor, la vieja Claudina viene por esta calle del Conde muy passo a passo, e la cabeça baxa sanctiguandose algunas vezes como quien de poder del diablo se ha escapado.

Pol.—Viene sola?

Sil.—Sí, señor, que ninguno viene con ella.

Pol.—Corre, espera la a la puerta, e rescibe la con mucha alegría, porque no enturbie la que yo estoy esperando con ninguna accidental tristeza. Qué haze? No llega?

Sil.—Señor, no, que está hablando con un despensero.

Pol.—Ay del triste que la espera, mal fuego semejante al mio los abraze, para que con mi sentimiento no pongan dilacion en mi remedio. Corre, llamala, e dila que aqui la espera vn cauallero, que no se detenga.

Sil.—Señor, esta vieja es sospechosa, e yo soy algo conosciado, temo no aya sospecha de ver me hablar con ella.

Pol.—Bien has dicho, pues no fuera más mi vida que derramar mi cuydoso secreto con descuydada negligencia. Dexala venir, e plega a Dios que antes fenezcan mis días si su respuesta viene vazia de remedio. O negligentes canas, o años caducos, acaba ya, que se me consumen las fuerças con tu espaciosa venida. Assomate, mira si viene.

Sil.—Señor, el despensero se va y agora llega vn paje del Duque, e segun la tiene asida de la halda creo que se la llenará antes que de la mano la dexé. Señor, señor, que se va.

Pol.—Corre, negligente, perezoso y llamala; finge estar aqui vna dueña que la espera, dila que llegue aqui, que luego puede dar la buelta. Mira no seas sentido de aquel paje.

Sil.—Señora Claudina, vna dueña me man-

dó que te llamasse porque a la puerta de mi possada ha gran rato que te espera.

Clau.—Ya sé, hijo, por quién dizes. Dila a essa señora que luego voy, quanto dé recaudo a este paje, que no con menor necessidad me ha buscado.

Sil.—Madre mia, no yre sin tí, por esso mira que te espero.

Clau.—Pues, hijo mio, vete tú en ora buena, e a tu señor diras que su negocio está en buen estado e que aquella dama me dió esse torçal que ponga en el bonete, e que lo demas le dire quando desta dueña me aya apartado. Vamos, hijo Siluano, que aquel Rey de lo alto sabe la pena que me ha dado auer me detenido: tengo muchos negocios, e agora sobre todo aquel paje del Duque me lleuaua por fuerça. Sancta Maria del cielo, con tantos trabajos como este mi officio me acarrea; Jesu, Jesu, señor Policiano, sino parece auer passado por tí vn año de enfermedad. Jesús, e qué poco esfuerço el tuyo! Mala dicha fue la mia.

Pol.—Madre mia, más me consumen tus tibios e descuydados olvidos que las memorias ardientes de mis continuos dolores. Toma, madre mia, este puñal, e en lugar de la vida dulce que con tu venida esperaua, dame la más cruda muerte en que tu ymaginacion pueda caber, porque pues en tu nombre e fama e solicitud faltó para mi ventura, no quiero esperar la en más que en la sepultura. Pero antes que yo muera te supico oyan mis orejas sola vna palabra de aquella seraphica boca salida, con cuyo dulce sabor mi spiritu fatigado se esfuerçe para el riguroso tránsito que tan vezino espera.

Clau.—Señor Policiano, aunque tu passion sea muy biua, no deues descuydarte en mortificar algun rato la ymaginacion que della tienes, si no quieres que mi venida sea más para llorar tu muerte que para remediar tu vida. Yo tengo tan presentes tus penas, que por sentir las no tengo cuydado de las mias, que son, aunque menores en qualidad, no menos en cantidad, que así goze yo de mi vejez y a tí bea yo en brazos de quien yo agora digo, como si mi venida he dilatado no ha sido otra la causa sino auerme lleuado el manto por el tercio de la casa, donde por falta de dinero se abrá de quedar por el tanto.

Pol.—Pues cómo, madre mia, tan poca ⁽¹⁾ confiança tienes de mi voluntad e fuerças, que essa necessidad e otra mayor no proueyera yo con hazer melo saber? Oyes, Salucio.

Sal.—Señor.

Pol.—Ve luego a casa del mercader e trae para mi madre quatro varas de paño fino, e llama vn sastre y cortenla presto un manto.

⁽¹⁾ En el original, *tampoco*.

Clau.—Por la liberalidad del don beso, señor, tus manos, que la cantidad e otra mayor se deue a mi voluntad y avn a la obra que no ha faltado en tu servicio, aunque pensé que me costara la poca vida que tengo. Pero ya soy de prueua, no me espantan golpes semejantes. Hijo Policiano, viniendo agora a lo que a nuestro caso haze, el cuydado que en mi pecho lleué de la pena en que te dexé, de tal manera penetró mis entrañas, que negara yo el natural de muger si no pusiera mi vida por tu remedio, e así por compasion como por hazer mi officio confiando ser gratificado, fuy a casa de aquella perla de Philomena, donde si con temor entré, no sali muy esfuerçada a causa de los peligros que allá estuieron en las manos. Abreuiando razones, yo busqué oportuno tiempo qual conuenia, e puse en su pecho ⁽¹⁾ mi mensage y tu congoxa, de la qual, o yo no seria la Claudina muger del que Dios aya, o ella tiene tanta parte de sentimiento como tú.

Pol.—Sancto Dios, estoy yo aqui?

Sol.—Mira, Salucio, cómo tiembla el desdichado de nuestro amo, e qué atento está oyendo de las mentiras de aquella truetaconuentos!

Clau.—No interrumpas, señor mi platica, e manda a estos moços que se aparten allá fuera, si breuemente deseas saber lo que tenemos.

Pol.—Moços, apartaos allá, mal criados; dexad me solo gozar deste remedio, pues a solas siento el dolor.

Sal.—Mándote yo que ella te dira más faldades que tienes cabellos en la cabeça.

Pol.—Señora mia, coraçon mio, reposo mio.

Sil.—Corre, corre, Solino, que las manos está besando a la vieja.

Pol.—Aliuio mio, si no quieres que tu mensage e mi vida fenezcan en un momento, dame licencia para que por menudo sea más para llorar tu muerte que para remediar tu vida. Yo tengo tan presentes tus penas, que por sentir las no tengo cuydado de las mias, que son, aunque menores en qualidad, no menos en cantidad, que así goze yo de mi vejez y a tí bea yo en brazos de quien yo agora digo, como si mi venida he dilatado no ha sido otra la causa sino auerme lleuado el manto por el tercio de la casa, donde por falta de dinero se abrá de quedar por el tanto.

Clau.—Para la entrada de su casa no fue menester ocasion sophistica, a causa de la anti-gua amistad que yo en semejantes casas he procurado, porque si tal necessidad se offresce, no sea yo tractada como extraña. Mi aspecto, mis canas, mi autoridad, mis doradas palabras, quitan todo género de sospecha, mayormente en tales casas donde si me conoscen, no por el tracto que traygo, sino por la grauedad de mis largas tocas e de mi faz arrugada, siempre me

⁽¹⁾ En el original, *en sospecho*.

hazen venerable tractamiento. De manera que Florinarda su madre, libre de mi fingida necesidad de visitarla⁽¹⁾, me rescibio con alegre semblante porque por mi larga ausencia mi visitacion auia seydo desseada. Passado el denido preambulo, yo tomé licencia de Florinarda para entrar al aposento de Philomena, donde la hallé indispueta de vn dolorcillo del coraçon. Yo fingi saber medicinar su dolor, e dixé ser necessario estar á solas, donde tuue lugar para darle muy entera parte de tu continua congoxa, causada de auerla mirado con ojos afficionados. Las cosas que durante mis razones alli passaron ni entonces las acerte a entender, ni agora te las sabre dezir, porque si mil vezes sus ojos me mostraron tu salud, otras tantas en su rostro vi aparejada mi muerte y tu sepultura; vi sus apariencias de muger no libre, e dixome palabras de hembra desamorada. Oyó mis razones con indiferente semblante, e respondió me con muy crudas amenazas de muerte.

Pol.—O desuenturados oydos que tal oyen.

Clau.—No me marauillo que te assombres, porque si con ella en tal articulo me consideras, antes te faltarán ymaginaciones para pensar lo que ocasiones para no esperar salud en coraçon tan crudo como el de Philomena; pero si mis reglas no son fallibles, no es mala señal su tan delicado sentimiento. E de aqui resulta, señor Policiano, que no te congoxes ni desconfies por lo que con tu señora he passado, porque a la segunda monicion o ella vendra a obediencia o yo fulminaré⁽²⁾ contra ella mis censuras. E rescibe mi palabra en prendas desta victoria. Pero si entretanto tus accidentales dolores te acudieren, grande nombre ganarás si quando más te aquexaren mostrares mayor sufrimiento.

Pol.—O dilatada muerte, o prolixo tránsito, o negligente fin, qué es de tí? Por no dar me este descanso te tardas? Pues vn placer entre tantos enojos breuemente es anegado. Ve, Claudina, con Dios, e yo me quedaré con mi mal e sin esperanza de salud, pues para mí no la ha guardado el amor.

Clau.—Señor, suplicote con tu seso esfuerces lo que tu dolor enflaqueciere, e no te apures tanto a padecer, que dexes tus huesos para gozar de lo que desseas. Yo me voy, con esperanza de boluer con tan buenas nueuas que merezcan soberanas albricias.

Pol.—Vete ya, madre, que ni yo espero bien, ni soy capaz dél.

⁽¹⁾ En el original, *libre mi de fingida necesidad*. Así no hace sentido, ni aun lo hace bueno y claro como lo enmendamos en el texto.

⁽²⁾ *Fulminare*, en el original.

ARGUMENTO DEL XIII ACTO

Salida la Claudina de casa de Policiano va hablando consigo sola e passa por la estancia de Palermo e Piçarro, donde están riñendo con Orosia e Cornelia sobre que las quieren poner en el lugar de las mugeres públicas. La Claudina los pone en paz, etc.

CLAUDINA. CORNELIA. OROSIA. PALERMO.
PIÇARRO.

[*Clau.*]—O soberano Dios y a cuántos trabajos se pone quien con torpe vida quiere ganar de comer, cuánto deue biuir recatado quien mala vida biue. Mirad agora cuántos desdenes, cuántas desgracias e sinsabores he rescibido en esta vida de personas a quien con este mi officio he seruido, e a cuántas afrentas publicas e secretas estoy cada día aparejada, y en vna me vi que jamas se me cayra el nombre de encorçada, e agora Policiano pienssa que a la primera vista le tengo de traer a su enamorada. O mundo mentiroso y en cuán baja moneda pagas a quien mejor te sirne; pero andar, que por substentar esta negra honrra e por no venir en tiempo de pedir a los amigos prestado, a más que esto me tengo de poner, e si mal hago, para mí es el daño, e si a otros dañare con mi interessal doctrina, cada vno mire por sí. que por esso da Dios libre el aluedrio para reprobado o aprobar. Yo hago mi officio, mire cada qual lo que haze. Conoscida soy, no se quejará nadie de mí que con fingida sanctidad le engañé; tambien me conocen como yo me conozco; a quien con mi consejo vencié no deuo nada, pues mi público tracto me relieua de todo cargo. Qué bozear es este que estos locos tienen? Si no me engaño, muger es la que da gritos; oyr quiero para entender la materia.

Cor.—Ansi, don ceuil apocado, y en tan baja estimacion tienes tú mi persona que por tí me auia yo de poner en tal biuenda? Qué te parece, prima? A esto nos truxo nuestra ventura?

Oros.—Pues qué pensauas, Cornelia? Quien a los tales se llega, tal galardón espera. Pues cómo, Piçarro, tal pensamiento tenias quando de casa me sacaste? Yo en el burdel con las mugeres publicas? Que yo auia de vender para tí mi persona? Ay de mi moçedad passada en tanto regalo e de otros a quien tú no mereces descalçar.

Cor.—Mira, Palermo, no me hables en tal cosa, que por los huesos de aquel padre que so tierra pudre, antes me echasse en vn pozo que tal por mí passasse.

Pal.—Pues pese a tal con la çurratica piscina, soñólo el vellaco de vuestro agüelo que os

auia yo de tener estrado? Descreo de las barbas de Barrabas si no auéis de hazer lo que hombre os mandare o auéis de pitar el roço e tomar luego la puerta.

Piç.—Dezid, pellejas, pese al burdel de Pamplona, quando al estancia venistes qué pensamiento era el vuestro? Pensauades por auentura que auia de ensartar aljofar? Aqui no queremos sino muger que ruéde por donde la mandaren e gane el gouerno, e tenga la casa abasto.

Oros.—Ay desdichada, que en mi seso estaua yo en no salir de mi casa! Yo en la mancebia? Yo? Cata que pierdo el seso, cata que me fino en pensarlo. E cómo, Piçarro, faltan a mí dos pares de vestidos e dos piezas de oro en mi arca? En tanta lazeria nos hallastes? Tantas necesidades nos cubristes? No lo haré, para el día sancto que nos cubre.

Clau.—Quién está en su casa?

Pal.—Tenga se alla quien viene.

Clau.—Gente de paz es, no te alteres, hijo Palermo. Jesu de la cruz, hijos míos, e qué gritos son éstos, que teneys alborotada la ve-zindad?

Piç.—O, pese a la fe de Tremescen, madre, que estas damas no se criaron sino para biuir en los palacios de Galilea. Pues descreo del memorable Golias si no an de ganar el gouerno, e an de dar cuenta del resto o tomar las haldas en la cabeça, y avn primero an de escotar lo que an roçado en el estancia.

Cor.—Parescete, ay señora Claudina? Parescete qué pago del mundo? Ay justicia del cielo, pues de la tierra no me vale! Dame mi manto, Palermo, que no comere más bocado en esta casa, si no de mal cancer sea yo comida.

Oros.—Justicia de Dios venga sobre estos vellacos.

Clau.—Hijos míos, mal me parece por mi vejez lo que agora en vosotros conozco tan contrario de lo que yo pensaua, y entre mis yguales auia publicado. Las mugeres han de ser de los hombres amparadas e no mal tractadas. De-neys os, hijos, acordar que de ellas nacistes, para que ninguna por baja de ley de vosotros sea deshorrada.

Pal.—O pese a las barbas de Jupiter con quien tal oye y no haze vn hecho de los que suele! Pues descreo de la ley del quaderno, si no me pensara aprouechar del mueble, si ant'is no las despernara que ellas supieran mi estancia. Ellas han de hazer lo que hombre les mandare tropicando, e vengan Solino e Salucio en la demanda si dessean ser moços de espuelas de Barrabas.

Clau.—Que no, hijos, por mi vida, sino pues son mugeres de honrra, y en ella han biuido

hasta agora, que vosotros ayudeys a substentarlasy en ella, y aun que siempre vayan adelante, pues se llegaron a los buenos.

Oros.—Toma, prima, tu hato, e daca mi manto e vamonos con la madre, que no aosadas para en quanto vna, nunca más perro a molino.

Pal.—O pese al górgal de Nembroth, yr o qué? Juramento hago a las calendas de Grecia, si por las nubes no se me salen, si el mismo⁽¹⁾ Satanas las saque de mi poder hasta que paguen lo comido.

Cor.—Cómo, que esto ha de passar? Daca mi manto.

Pal.—Descreo de tal, doña buena muger, sino os doy guantazo que dientes e malla escupays todo junto.

Oros.—Justicia, señores, que nos roban estos rufianes en tierra del rey.

Clau.—Por mi bida, hijos, que les deys su hato, e las dexeys yr a su posada, que si alguna costa han hecho, mugeres son para pagarla⁽²⁾. e quando no lo hizieren, yo me obligo por todo.

Piç.—Que no estamos en la paga, despecho de la vida mala, sino porque estas dueñas quieren hazer de las marquesas, despues de auer trotado los bancos de Flandes, y el potro de Cordona y el aduana de Seuilla. Pues descreo de Placida e Vitoriano si no os hago conocer quién son Palermo e su compañero. Tomad, damas, los mantos e agradescido⁽³⁾ a la madre vieja, que de otra arte se gobernará este embaraço.

Cor.—Ansi Palermo? Que tal cosa se sufre en la Ciudad? Pues dexa tú hazer a Cornelia, que para la que tengo en la cara yo te la dé a beuer si bibo.

Clau.—No las escucheys, hijos, que van agora enojadas, e ansi me quiera Dios como ellas a vosotros. Quedaos a Dios, locos.

Pal.—Vayan de Dios las mohosas.

Clau.—Sancta Maria del cielo, hijas mias, qué pecado os engañó a tomar contienda con estos rufianes? Siendo moças, e no tan feas que qualquier hombre no huelgne de vuestra compañía, tomays amistad con hombres de tal arte?

Cor.—Ora, madre mia, quien no cae no se leuanta. A mi posada llegamos, si tú eres seruida entra e rescibiras colacion.

Clau.—A Dios, hijas mias, que voy de passo a mi casa.

⁽¹⁾ *Mismos*, en el original.

⁽²⁾ *Padarla*, en el original, á causa de haberse trastrocado algunas letras del molde al principio del folio 39 vuelto.

⁽³⁾ *Agradescido*, en el original.